

Una vez más el frío viento del norte
invitaba al invierno a instalarse,
a acompañarnos y recogernos al abrigo de la chimenea,
a abandonar las intrincadas calles engullidas por la niebla.

Desde la ventana no podía verlo,
invisible tras el cristal, no podía palparlo.

Cerrando los ojos a la profundidad de la noche,
mi mente voló, sólo para evocarlo.

Y me elevé, y planeé sobre las montañas de la sierra,
y recorrí Carchite y Darro enraizados en profundos valles.

Y ascendí por desfiladeros hasta las escarpadas y desnudas crestas
coronando las cimas calcáreas que dominan el paisaje.

El invierno rozaba fisuras con sus helados dedos
transformando la roca en plateada arena.

Penetraba en esqueléticos suelos y rasgaba las altiplanicies
salpicando el cielo de una densidad grisácea.

Y la nieve cayó,

blanqueando los campos de olivar,

cubriendo con su manto encinas y quejigos,

vistiendo con gélida túnica el viejo sauce a la orilla del nacimiento.

Arrojando con vehemencia los bosques de pinar.

Y la nieve cayó,

volviendo cristal las superficies de las fuentes,

besando los tejados de las acurrucadas casas del pueblo,

disolviendo los caminos en blanca burla,

apagando el calor del corazón...

El tímido sol de enero asoma desdibujado.

Torna la nieve en encajes de hielo.

Devuelve la música a las cantarinas riberas.

Acorrala en oquedades las cuchillas del invierno...

Y alcé de nuevo vuelo de mi mente a la ventana,

De nuevo el silencio, el vacío...

El invierno dormita el alma...